

7) Buscar a Dios

Lo que san Benito nos propone en su Regla es la imitación de Cristo en su obediencia al Padre como ámbito de restauración de la imagen de Dios en nosotros.

Unido a este ámbito está también el aspecto de la búsqueda de Dios. Si el hombre es imagen de Dios, el deseo de unirse a su Modelo forma parte de su naturaleza, sobre todo después de que el pecado ofuscara esta imagen y hecho extraña al hombre la comunión con su Creador. Buscar a Dios, para el hombre creado a su imagen, significa buscar su identidad más profunda, buscar quién es él en verdad.

Es interesante darse cuenta que hay cuatro ocasiones en las que aparece el verbo “buscar- *quaerere*” en la Regla de san Benito, dos con respecto a Dios que busca al hombre y dos con referencia al hombre que busca a Dios.

En el Prólogo, Dios es descrito como Aquél que busca “su obrero” planteando la pregunta que conocemos bien: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?” (Pról. 14-15).

No busca un obrero para un trabajo, sino para colaborar en su obra más excelsa: la creación del hombre mismo. Busca un obrero que trabaje con él para completar lo que quería realizar creando al hombre a su imagen. Por lo tanto, busca un hombre que quiera encontrar su plenitud de humanidad convirtiéndose en imagen viva y cumplida de su Creador. Lo hemos visto ya bajo diversos aspectos, pero aquí es importante subrayar que el hecho de ser imagen de Dios, antes que provocar o exigir nuestra búsqueda de Dios, mueve a Dios a buscarnos el primero. Y a buscarnos como pertenecientes a Él, como criaturas que Le son propias: Dios busca “su obrero”. No nos busca como un objeto perdido, sino como un obrero perdido, como un colaborador que falta en su obra. Y esta obra no puede realizarla Dios por sí solo, sin su obrero, porque la obra coincide con el obrero, coincide con el hombre. La obra de Dios es Su imagen en el hombre, una obra que el hombre no puede cumplir sin Dios, pero que tampoco Dios puede cumplir sin el hombre.

El hombre que quiere la vida y desea ver días felices alcanza, por lo tanto, a corresponder al hombre que quiere que se cumpla en sí la imagen de Dios, y al hombre que acepta colaborar con Dios para que esto se realice. La idea del hombre como “obrero de Dios” hay que mantenerla presente en nuestro espíritu, porque nos permite leer todo el aspecto ascético de la Regla como colaboración del hombre a la obra del Creador. Dios ha descansado después de la creación del hombre. Pero podemos decir que después del pecado original, Dios no tiene descanso hasta que haya buscado y encontrado un hombre disponible a continuar y completar con Él la obra interrumpida, despedazada; la obra de Dios expresada y contenida en el “Hagamos” del “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén 1,26).

El obrero, naturalmente, está sometido a su Señor, debe obedecerle, pero al mismo tiempo, cuando trabaja en la obra que hace el Señor, es como si estuviese al mismo nivel. Cuando un jefe manda y el obrero hace el trabajo, no están al

mismo nivel. Pero cuando jefe y obrero trabajan juntos en la misma obra, desde el punto de vista de esta última, están al mismo nivel. La obra los une.

Dicho esto, san Benito comienza enseguida a describir esta obra de cumplimiento del hombre, imagen de Dios, citando siempre el Salmo 33: “Guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad. Aléjate del mal y obra el bien, busca la paz y corre tras ella” (Pról. 17; Sal 33,14-15).

Y cuando el hombre se pone así a la obra, Dios se le revela como su cooperador, su correspondiente, el Rostro del que el hombre es la imagen: “Y, cuando cumpláis todo esto, tendré mis ojos fijos sobre vosotros, mis oídos atenderán a vuestras súplicas y antes de que me interroguéis os diré yo: «Aquí estoy»” (Pról. 18).

Toda la Regla describe así la obra que el obrero de Dios está llamado a realizar con su Señor para que se restaure y se cumpla la imagen de Dios en él. Baste pensar al capítulo 4, “Los instrumentos de las buenas obras”. Leer toda esta lista pensando al deseo de Dios de colaborar con su obrero en la obra de la imagen de Dios, hace menos extraños todos estos preceptos y consejos, porque se trata de nosotros mismos, de la obra de Dios que somos nosotros y que tenemos que llegar a ser. Y para san Benito todo contribuye a esta obra, todo en la vida del monasterio forma parte de la obra que colabora con Dios a nuestra nueva creación. También el trabajo manual, incluso el más banal servicio a la comunidad, es parte integrante de esta obra prioritaria y fundamental. Por esta razón, todo en el monasterio de san Benito ha de ser llevado a cabo con esta conciencia, con reverencia hacia Dios, con profundo respeto por el hombre, su imagen en cantera

Así pues, todo esto con respecto al primer uso del verbo “buscar”.

Dios busca su obrero. De esta búsqueda se hace eco el segundo uso de este verbo, en el capítulo 2, sobre el abad. Si Dios busca al hombre para trabajar con él, es importante que el responsable de aquel taller, que es el monasterio (cfr. RB 4,78) esté también a la búsqueda, una búsqueda que refleje la de Dios. El abad debe, por lo tanto, “buscar ante todo el reino de Dios y su justicia” (2,35; Mt 6,33). ¿Y sobre qué debe trabajar con respecto a esta prioridad de la búsqueda del Reino? En favor de las almas a él confiadas para que se salven: “Es muy importante, sobre todo, que, por desatender o no valorar suficientemente la salvación de las almas, no se vuelque con más intenso afán sobre las realidades transitorias, materiales y caducas” (2,33).

Son precisamente las almas las que llevan impresa en ellas la imagen de Dios. El abad debe ser de alguna forma el primer de los obreros que Dios busca para trabajar con Él en la creación y redención de la imagen de Dios en cada hombre. En este sentido es pastor, y su obra es la del pastor que vela sobre el rebaño.

“Y así, al mismo tiempo, que teme sin cesar el futuro examen del pastor sobre las ovejas a él confiadas y se preocupa de la cuenta ajena, se cuidará también de la suya propia; y mientras con sus exhortaciones da ocasión a los otros para enmendarse, él mismo va corrigiéndose de sus propios defectos” (RB 2,39-40).

Para el abad, buscar el Reino de Dios significa también buscar la oveja perdida. Este es el tercer uso en la Regla del verbo “buscar”, en un pasaje que hemos visto

ya a propósito del verbo “imitar”: “Imite también el ejemplo de ternura que da el buen pastor, quien, dejando en los montes las noventa y nueve ovejas, se va en busca de una sola que se había extraviado; cuyo abatimiento le dio tanta lástima, que llegó a colocarla sobre sus sagrados hombros y llevarla así consigo otra vez al rebaño” (RB 27,8-9).

Aquí, como he dicho, es Dios el que busca no ya a su obrero, sino su obra, su obra de arte perdida: el hombre alejado de su imagen porque está lejos de su Modelo divino. En la compasión hacia los culpables y los débiles, hacia las “almas enfermas” (27,6), que son imágenes del Dios ofuscado, recubiertas de inmundicias, redescubrimos la imagen del Dios de la Misericordia, y ayudamos a los demás a encontrarla de nuevo en la alegría del perdón.

El cuarto uso del verbo “buscar” es el más conocido, se encuentra en donde san Benito pide al maestro de novicios que mire si el candidato a la vida monástica “busca verdaderamente a Dios – *si revera Deum quaerit*” (RB 58,7).

Pero a menudo no pensamos que es precisamente el hecho de buscar a Dios donde el novicio, y todo monje, refleja en sí mismo al Dios que busca. Al Dios que busca “un hombre que quiere la vida y desea vivir días felices”, así pues, a un hombre que quiere ser plenamente hombre, imagen de Dios, corresponde un hombre que busca verdaderamente a Dios, porque la vida y la alegría del hombre son Dios mismo, la plenitud de nuestra humanidad está en Dios, es Dios, porque hemos sido creados a su imagen y semejanza.

Dios y el hombre se buscan. Dios necesita del hombre y el hombre necesita de Dios. Tienen necesidad el uno del otro para realizar la misma obra: la imagen de Dios en el hombre, para colaborar en el “Hagamos” que Dios ha pronunciado al crear al hombre. Esta obra, repito, no puede llevarla Dios a cumplimiento sin el hombre, y el hombre no puede cumplirla sin Dios.

Por esto, toda nuestra vida en el monasterio consiste en el encuentro de estas dos búsquedas recíprocas, de Dios y del hombre, que encuentran paz, no tanto en el descanso, sino en la obra común de la restauración de la imagen de Dios en nosotros durante toda nuestra vida.

Cuando pensamos en esto, cada aspecto de nuestra vida, la oración, el trabajo, la vida común, la soledad, el descanso, etc., se vuelve importante, vital, hasta ilusionante, porque todo esto no es más que una constante colaboración con el Dios que nos busca para llevar a su cumplimiento la obra de Su imagen viva y amable en nosotros.